



“Las historias generales”

p. 77-92

Álvaro Matute

*Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2005

190 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 4)

ISBN 970-32-2780-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/449/aproximaciones.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



**SEGUNDA PARTE**  
**APROXIMACIONES PARTICULARES**



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



# Las historias generales

## *Commemoración editorial*<sup>1</sup>

Con el apoyo financiero de muchas entidades del sector público, entre las cuales destacan secretarías de Estado, organismos descentralizados, banca y gobiernos estatales, fueron publicadas dos colecciones de libros para conmemorar los respectivos aniversarios de la Independencia y la Revolución Mexicana. En esta nota se dará cuenta de las obras relativas al movimiento de 1910.

Es importante destacar que una de las mejores maneras de celebrar una efemérides es convocar a los estudiosos a presentar trabajos sobre ella, así como editar libros originales y volver a publicar textos representativos originados por el propio movimiento que se celebra. Si bien lo deseable sería hacer nuevas ediciones críticas de las obras en cuestión, es comprensible que ésa es labor que no se improvisa y entonces no queda otro remedio que incurrir en la socorrida práctica del facsímil, la cual, por lo menos, sólo repite los aciertos y errores de la edición original. Cuán deseable sería ver ediciones anotadas y debidamente presentadas de los mejores libros sobre la Revolución. Ojalá que la reimpresión facsimilar sea un primer paso hacia ello. Por otra parte, esa tarea no es labor de un año. Se requiere tiempo y paciencia para emprenderla. Afortunadamente cada vez más abundan especialistas capaces de culminar esa obra. Pasemos ahora al comentario particular.

Se trata de veintidós títulos en treinta y dos volúmenes. Para abordarlos hace falta establecer categorías. La primera es la de los documentos originales; la segunda, las recopilaciones de textos de un autor; en tercer término pueden quedar los ensayos propositivos emanados de la Revolución; dentro de un cuarto apartado, la historia, en diversos niveles de realización: testimonio, crónica, intento de elaboración mayor, ensayo político, etcétera, podría ser lo que mejor expresara este

<sup>1</sup> Comisión Nacional para la Celebración del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, *Biblioteca de obras fundamentales de la Revolución Mexicana*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

conjunto, el cual será caracterizado por lo que toca a las divisiones propias de la Revolución. En último término quedan los intentos de recopilación biográfica.

Los documentos son tres: el *Epistolario*, de Francisco I. Madero, según edición publicada por la Secretaría de Hacienda en 1963, preparada por Catalina Sierra y Agustín Yáñez, y que abarca textos de Madero, desde la lucha inicial en 1900 hasta 1910. El otro documento es la célebre *Memoria de la Secretaría de Gobernación*, que preparó en 1916 el licenciado Jesús Acuña, y que recoge la legislación constitucionalista. Sin duda es uno de los libros más útiles porque contiene materiales fundamentales del movimiento armado. Finalmente, la categoría documental se cierra con el indispensable *Diario de los debates* del Congreso Constituyente de 1916-1917, según la edición también conmemorativa de 1960, que incluye un prólogo del constituyente Hilario Medina y apéndices con listas de los diputados según su distrito representado y las comisiones parlamentarias que se formaron. Los tres libros están bien escogidos. Si acaso hubiera sido deseable la reedición de los debates de la Soberana Convención, para dar mayor representatividad a los grupos en pugna. No obstante, lo publicado es muy acertado. De todo ello, la *Memoria* es lo que estaba más lejos de los lectores actuales, ya que su última edición data del cardenismo. Por otra parte, el *Epistolario* era inconseguible.

Dos son las recopilaciones de textos políticos. La primera es un verdadero clásico: las *Obras políticas*, del Lic. Blas Urrea, que su autor, don Luis Cabrera, editó en 1921 siguiendo todos los patrones de la edición de documentos históricos. Don Luis nos da una introducción, efemérides, sus propios artículos anotados y culmina con un extenso apéndice documental. Se trata indudablemente de una de las producciones más inteligentes de toda la Revolución, el talento de Cabrera en dos dimensiones: como autor de artículos incisivos y llenos de compromiso político, y una compilación galana, de historiador consumado. Siguiendo los mismos pasos, aunque anterior a la publicación del de Cabrera, es el otro libro agrupable en esta categoría: *Hechos, no palabras*, de Francisco J. Múgica. De él se dio a la prensa el tomo primero que recoge “prensa y parlamento”, dos actividades en las que destacó el líder de los radicales del constituyente. Se rescata así del olvido el pensamiento de uno de los revolucionarios más connotados. Su reedición es un acierto por razones obvias.

La tercera categoría sólo incluye un título, y ello es representativo de que fueron pocos los textos propositivos elaborados luego de la conclusión de la fase armada de la Revolución. Se trata de *La recons-*

*trucción de México*, del general Salvador Alvarado, que recoge un enorme programa de acción dividido en aspectos económicos, sociales y políticos. La obra, original de 1919, es un extenso repertorio de la problemática mexicana de entonces.

Las “historias” de la Revolución ocupan el rubro más extenso. Como se apuntó arriba, cada una de ellas representa un punto de vista identificable con los principales grupos en pugna. Dos de esas obras, no obstante lo anterior, entran en una subcategoría especial por tratarse de intentos de historia general del movimiento, por no ilustrar en sus páginas sólo una parte del mismo. Las dos obras son bien distintas. Una de ellas está recubierta por una interpretación sociológica que la lleva a profundizar en las estructuras de la historia de México en su larga duración, mientras que la otra es una ágil crónica política de los sucesos. Se trata, si el lector no lo ha adivinado ya, de *La revolución agraria en México*, de don Andrés Molina Enríquez, y de *Historia política de la Revolución*, de Miguel Alessio Robles. La primera es, en efecto, un gran intento de enmarcar a la Revolución dentro de una totalidad histórica que tiene sus raíces en épocas lejanas. De acuerdo con su sociología, la raza determinaba los diferentes aspectos de la historia a considerar: indios, criollos y mestizos. Independientemente de lo superado que pueda estar el método, la profundidad a que llegó Molina es innegable. Acaso nadie como él ha entendido la interacción de diversos factores, elaborando así una auténtica sociología histórica. Miguel Alessio Robles era un hombre que tenía buen trato con la pluma. Su narración es sumamente ágil y corre desde los antecedentes revolucionarios hasta el final de la década de los veinte, aunque después agregó pequeños capítulos que llevan el libro hasta la actitud de México ante la Segunda Guerra mundial. Pero en realidad el libro culmina con la muerte de Obregón. En la narración queda evidente que la política es el centro de los intereses de su autor y dentro de ella, cuáles son sus filias y sus fobias, destacando la que sentía hacia Calles. Con todo, es un libro muy rescatable.

Toca su lugar al maderismo, tanto por la simpatía de algunos autores como porque los libros en cuestión cubren hasta 1913, en este apartado se encuentran en primer término, *El antiguo régimen y la Revolución*, de Antonio Manero, original de 1911, obra en la cual apenas se trata de manera descriptiva a la Revolución, centrándose más en el régimen porfiriano. Texto importante para conocer cuestiones bancarias y hacendarias. De José R. del Castillo se rescata su *Historia de la revolución social de México*, publicado en 1915, y que concluye con la caída de Porfirio Díaz. Otro libro temprano fue el de Luis Lara Pardo,

## 82 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

*De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero. La sucesión dictatorial de 1911.* No es un texto maderista, lo cual puede indicar la apertura de los editores de rescatar materiales heterodoxos. La obra contiene información muy valiosa, obtenida de observaciones directas, a cargo de un hombre muy enterado. La compensación de punto de vista viene con el libro de Federico González Garza, *La revolución mexicana. Mi contribución político-literaria*. Es un relato pormenorizado de las campañas maderistas y de la presidencia hasta la caída del coahuilense. Se complementa con documentos reunidos en un apéndice. Finalmente, *Los últimos días del presidente Madero* cierra este grupo. La obra clásica de Manuel Márquez Sterling, publicada en La Habana en 1917, es imprescindible para conocer los manejos diplomáticos de Henry Lane Wilson y del ambiente de la decena trágica. El conjunto de cinco libros sobre el maderismo, con la publicación del epistolario nos da un conjunto muy completo y representativo, que incluye hasta un texto adverso. Queda al final, el que acaso ha trascendido como el de mayor importancia, por la minuciosa factualidad de sus datos, el clásico libro de Roque Estrada, *La Revolución y Francisco I Madero*. Obra crítica, puntual, descriptiva, infaltable en una colección de esta naturaleza, dado que se trata, además, de una de las obras más tempranas acerca del proceso.

El otro conjunto voluminoso es el constitucionalista o carrancista. Además de la *Memoria*, de Acuña, las obras que lo recrean son, para comenzar, la de Manuel Aguirre Berlanga, *Génesis legal de la revolución constitucionalista. Revolución y reforma*. El trabajo data de 1918, cuando el autor desempeñaba la cartera de Gobernación y trae un prólogo del distinguido historiador tradicionalista Luis González Obregón. El texto es muy breve: setenta y tres páginas en formato pequeño y se complementa con un largo apéndice documental que incluye la propia Constitución de 1917. La experiencia militar está contenida en la clásica obra del general Juan Barragán Rodríguez, jefe del Estado Mayor del Primer Jefe: *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*. Este libro nació en las páginas de *El Universal* y en 1946 alcanzaron su forma definitiva. El autor fue poseedor del archivo de don Venustiano, que aprovecha con largueza para las páginas de esta obra. A cuarenta años de su primera edición hacía falta recuperar una de las principales reconstrucciones del proceso armado. La *Historia diplomática de la revolución mexicana*, de don Isidro Fabela, es un texto fundamental en su género. Fabela fue a lo diplomático lo que Barragán a lo militar. El constitucionalismo queda así plenamente expresado. Cierra el grupo una curiosa obra, más anecdótica que política, pero

que expresa a una de las subcorrientes constitucionalistas: el gonzalismo. Se trata de *Con Carranza. Episodios de la revolución constitucionalista, 1913-1914*, de Manuel W. González. Un texto que participa del constitucionalismo y del obregonismo —a fin de cuentas no antagónicos hasta 1917— es *Mis memorias de campaña. Apuntes para la historia*, del general e ingeniero Amado Aguirre y Santiago, obra póstuma publicada en 1953 en edición de apenas quinientos ejemplares. Trabajo valioso para seguir los pasos de la División de Occidente, refuta a Barragán y ofrece su propio punto de vista sustentado en documentación original que él mismo reunió. La obra avanza en el tiempo hasta principios del cardenismo cuando el autor se retiró a la vida privada. Se da por primera vez un índice general, del cual carecía la primera edición.

El zapatismo está representado por uno de sus clásicos, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, del general Gildardo Magaña, sucesor del caudillo y poseedor del más amplio archivo zapatista. La obra, en cinco volúmenes, es fundamental.

Por su parte, el villismo tiene su expresión en las líneas del general e ingeniero Federico Cervantes, *Francisco Villa y la Revolución*, indudablemente el texto más documentado y completo en torno al popular movimiento villista.

Cierran la colección dos trabajos bibliográficos, el de Ramón Puente, *La dictadura, la revolución y sus hombres*, obra de 1938, que recupera figuras de índole diversa, incluyendo a miembros del episcopado, en semblanzas de extensión regular, algunas debidas a la remembranza del autor y otras a la indagación documental. El otro trabajo es el hasta ayer único intento de *Diccionario biográfico revolucionario*, debido a Francisco Naranjo. Si bien adolece de múltiples defectos, es obra única —o fue— en virtud de su propósito de dar datos acerca de un enorme número de participantes en la Revolución. La obra se complementa con un apéndice documental con los principales planes y programas revolucionarios.

En suma, puede ser mucho lo que faltó, pero resulta imposible reunirlo todo. Si acaso se evidencia como ausencia notoria algún texto magonista que pudo ser documental. De la cosecha contrarrevolucionaria, habría mucho que editar, si acaso podría destacar como ausencia notable el libro de Manuel Calero, *Un decenio de política mexicana*. Habría también que rescatar autobiografías importantes como las de Pani y Palavicini. En fin, la colección no se postula como exhaustiva. Es deseable que la propia institución editora no se limite al año de 1985 para realizar este tipo de trabajos,





aunque sea en facsímiles y siga adelante, aunque en pequeñas dosis anuales. Es de esperarse, por último, que estos libros lleguen a muchos lectores. Que el esfuerzo no haya sido vano y las obras vayan a parar a una bodega.

### *Historia ludens*<sup>2</sup>

Aunque se han escrito muchas historias generales de la Revolución Mexicana, el hecho de que un historiador de la categoría de Fuentes Mares publique su propia versión de los hechos, resulta interesante. La obra de este escritor chihuahuense ha tomado un giro diferente a partir de *Las memorias de Blas Pavón*, libro en el cual, a diferencia de los anteriores (dedicados a Poinsett, Santa Anna, Juárez y Terrazas), inventa a un narrador de los hechos —supuesto testigo presencial— quien libremente discurre acerca de la historia decimonónica, de la llegada del virrey Venegas al momento de la asunción porfiriana. El recurso del método empleado por Fuentes Mares, tanto en el *Blas Pavón* como en *La Revolución Mexicana*, consiste en acudir a un personaje ficticio para poder así dar rienda suelta a su opinión y ejercer libremente el derecho de calificar y enjuiciar el pasado, apartándose de las reglas metodológicas y de las técnicas de la investigación histórica ortodoxas. Es por ello que si se toman literalmente en serio muchas de las cosas que expresa Fuentes Mares, más de un lector puede sentir indignación. Mas no se trata de una obra jocosa. *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador* es un libro serio, escrito con buen humor. No se trata de una novela histórica, ni tampoco de una historia novelada, aunque en este segundo género es donde podría haber mejor. Si se piensa en *Los de abajo* o en *El águila y la serpiente*, es obvio que la presente obra de Fuentes Mares sólo guarda relación con ellas por la magnífica prosa con que está escrita; si se piensa en los *Episodios nacionales*, como ejemplo de historia novelada, en rigor también se encuentran diferencias genéricas entre la obra de Galdós (y la de su epígono mexicano Salado Álvarez) y lo que ofrece en su libro Fuentes Mares. Inclusive, el parentesco tampoco es muy estrecho entre *La Revolución Mexicana* y esa novela —excelente parodia de unas memorias de un general partícipe de la rebelión escobarista— debida a la pluma de Jorge Ibarguengoitia, *Los relámpagos de agosto*. En fin, tam-

<sup>2</sup> José Fuentes Mares, *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador*, México, Joaquín Mortiz, 1971, 248 p. ils. (Contrapuntos).

poco es una historia químicamente pura la que ha elaborado, con derroche de talento, el historiador de Chihuahua. Se trata, en suma, de un libro que no hace caso de ninguna regla; que se dedica a hacer lo que, según los tratados de heurística y metodología, precisamente no se debe hacer.

El valerse del supuesto testigo permite a Fuentes Mares expresarse apasionadamente en favor y en contra de lo que le provoca filias y fobias. A partir de ello, emplea toda clase de calificativos para caracterizar a todos y cada uno de los grandes caudillos y caudillejos revolucionarios. Algunos de ellos resultan salvados, aunque no sin llevarse alguno que otro adjetivo adverso, pero otros, como Villa y Calles, definitivamente resultan condenados en el acto de historia judicial desarrollada por el espectador Fuentes Mares. No se trata aquí de señalar acuerdos o diferencias con respecto a dicho particular. Cada lector coincidirá o dejará de hacerlo en función de sus propios prejuicios. Simplemente debo consignar que sí coincidí en muchas de las opiniones vertidas.

Otro aspecto metodológico de los que viola sabrosamente Fuentes Mares es el relativo a considerar casi exclusivamente a los caudillos como elementos motores de la historia, sobre todo hoy en día cuando se ha vuelto requisito indagar circunstancias o factores estructurales. Podría señalar que afortunadamente Fuentes Mares incide en una suerte de *carlyleísmo*, pero de ninguna manera ortodoxo. Sin embargo, acudir al personaje ficticio hace válida esta violación sistemática de las reglas propias de la disciplina de Clío. ¿Y no están escritas así todas las historias pergeñadas por los civiles y militares que participaron en los hechos? El hacer una historia como la que aquí se reseña, viene precisamente a liquidar a la historiografía testimonial de la Revolución Mexicana escrita por elementos no profesionales. Desde luego que no es válido pedirle, pongamos por caso, a Barragán, Miguel Alessio Robles, Palavicini o Pani ser devotos seguidores de Ranke o estar influidos por Croce o el marxismo. Su historia es pragmática y empírica y como tal se acepta.

*Las memorias del espectador* de Fuentes Mares recogen el espíritu característico de esa forma historiográfica, con la ventaja de que el sujeto no pertenece a ninguna de las facciones y se permite hablar libremente acerca de todos los caudillos. Gracias a ello realiza una historia desmixtificadora, antisolemne, pero seria y fundada. Y esto, incluso, no se menoscaba a causa de alguno que otro error cronológico o el bautizar al *Pearson's Magazine* con el nombre de *Harper's*. El hecho de no participar de la "Clío de bronce" permite que el lector se acerque a

Madero, Carranza, Obregón, Villa y Zapata, entre otros, como personas que fueron y no semidioses ni villanos execrables (aunque, según Fuentes Mares, Villa sí entraría en esta última categoría).

Existen dos factores más que conviene apuntar. Uno de ellos es el relativo al sujeto. A través del espectador, Fuentes Mares descubre una cara oculta de la Revolución Mexicana. Aunque en este caso no hay documentación que lo avale, presenta a su narrador como un negociante que se aprovechó, cual ave de rapiña, de las desgracias de la “gente decente” y, con el tiempo, pudo convertirse en banquero, que llegó a ser propietario de un hipotético Banco Regenerador Revolucionario. Ello le permite afirmar de sí mismo lo siguiente: “Fui revolucionario antes de tener cuatro reales, y hoy, que los tengo, lo soy con mayor razón todavía, pues no tengo empacho en atribuir a la revolución el origen de mi fortuna.”

El otro factor es el que alude al ambiente social de la ciudad de México en los años convulsos. A través del teatro de género chico le da vida a otra fase de la historia que suele ser contada muy al margen de los acontecimientos considerados como serios. El espíritu del tiempo es así recuperado, con gran poder de evocación, gracias al apoyo que le brindó la obra de don Armando de Maria y Campos.

Si bien he insistido en el constante enjuiciamiento a que se somete a los caudillos, en rigor, ello no constituye el tema central del libro. Los caudillos aparecen dentro de los acontecimientos que protagonizan y tales acontecimientos son los que juzga Fuentes Mares. Dentro de ellos, además de los traídos y llevados caudillos, aparece el comentario acerca de instituciones o grupos. Dentro de éstos, los intelectuales le merecen algunas páginas, especialmente Caso y Vasconcelos. De las instituciones, la que se lleva lo mejor de la ironía del espectador-Fuentes Mares es el Partido de la Revolución, al compararlo con y distinguirlo de los partidos nazi alemán y comunista soviético. En cuanto a lo mejor de su prosa, esto se encuentra en la narración de la decena trágica y en sus reflexiones hispanistas.

En suma, los supuestos vicios historiográficos de la obra, que no lo son, se amparan en la conciencia del sujeto, es decir, en el haber inventado a un intermediario a través del cual Fuentes Mares pudo decir todo lo que quiso, cancelando, a la vez, la posibilidad de seguir por ese camino, so pena de incurrir en la imitación servil o en la repetición estéril. *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador* ha confirmado una vez más que el talento es el ingrediente esencial para toda buena historiografía.

*Con la precisión del reloj*<sup>3</sup>

Antes de concluir el año de 1971 apareció el número 81 de la revista *Historia Mexicana*, el cual ostentaba en su portada una calavera revolucionaria de Posada y contenía tres artículos sobre temas revolucionarios, debidos a Jean Meyer, Hans Werner Tobler y Albert C. Michaels. Era precisamente el momento en que cobraba auge lo que se dio en llamar el revisionismo histórico de la Revolución Mexicana. Por entonces tenía poco en circulación en libro de Adolfo Gilly, todavía Meyer no publicaba ni *La Cristiada* ni *La Révolution Mexicaine*. El año siguiente, en 1972, quien esto escribe tendría el privilegio de leer y comentar el manuscrito inédito de *La ideología de la Revolución Mexicana* de Córdova. Se vislumbraba un cambio radical en los estudios sobre el movimiento armado de 1910 y sus consecuencias.

El número 81 de *Historia Mexicana* adquirió un significado especial. Los temas tratados no eran del todo frecuentes. Si acaso el de los batallones rojos, pero no con la óptica con que lo presentaba Meyer, o el de Michaels sobre las elecciones de 1940, tema de cierta algidez, todavía. Sin embargo, el artículo más radicalmente novedoso era el de un profesor de la Universidad de Zurich, cuyo nombre no había escuchado antes, Hans Werner Tobler, que escribió sobre “Las paradojas del ejército revolucionario, su papel social en la reforma agraria mexicana, 1920-1935”. Para comenzar, todo aquello que tratara cosas ocurridas después de 1920 era más bien extraño. Después, el hecho de que el sustento principal del artículo proviniera del ramo *Obregón-Calles* del AGN, todavía ubicado en el Patio de Honor de Palacio Nacional, era verdaderamente extraordinario, en virtud de que era muy difícil acceder físicamente a los documentos. Y, tercero, la tesis ofrecida en dicho artículo no inauguraba, pero sí fortalecía, lo que vino a ser designado como revisionismo, en un notable artículo de David C. Bailey. De su lectura en adelante, el nombre de Tobler cobró un significado importante para mí. Era el de un historiador suizo que había tocado un tema muy central, que había puesto el dedo en la llaga y que había fundamentado académicamente lo que decían viejos actores, entre críticos y resentidos, de otros actores revolucionarios: que el poder había aburguesado a quienes hicieron la Revolución con las

<sup>3</sup> Hans Werner Tobler, *La Revolución Mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*, presentación de Friederich Katz, traducción de Juan José Utrilla y Angélica Scherp, México, Alianza Editorial, 1994, 729 p. (Raíces y razones).

armas y con ellas debían hacerla prevalecer. No exagero al decir que de hacerse una antología de artículos sobre la Revolución, éste de Tobler es de aquellos que no harían dudar al seleccionador. Sería escogido desde la primera ronda y llegaría a finalista.

Muchos años después supimos que aquel investigador suizo había hecho un libro de grandes alcances sobre la Revolución. Quienes descuidamos el hecho de escoger el alemán como parte de nuestros complementos formativos nos privamos de su lectura por casi un decenio. El caso es que, por fortuna, se cuenta con una buena versión a nuestra lengua de un robustísimo libro de más de setecientas páginas y que cubre un periodo amplio de la historia mexicana, del ascenso porfiriano a la salida de Lázaro Cárdenas de la presidencia.

Ahora bien, la opción tomada por Tobler fue notable. Por el papel preeminente que da al ejército como actor fundamental del proceso, bien pudo quedarse en un amplio trabajo monográfico sobre un tema al que pocos han atendido, el de los militares revolucionarios. Eso de por sí le hubiera dado a la hipotética monografía y a su autor todas las credenciales necesarias para ganarse la respetabilidad del gremio y la de los lectores, pero su opción fue más ambiciosa. No se quedó en la monografía, como un árbol más del bosque, aunque se tratara de un árbol de tronco grueso y frondoso, sino que se fue a la ambiciosa aventura de tratar el bosque completo, sin mengua de atender a sus árboles principales. El resultado fue otro libro sobre la Revolución Mexicana, pero de ninguna manera *otro* a secas. Es uno más de esta serie de obras que han tenido por objeto reconstruir el proceso revolucionario mexicano, como *La guerra secreta* de Katz, y los libros de Guerra, Hart y Knight, indiscutiblemente los más representativos de la nueva historiografía internacional sobre la Revolución Mexicana, aunque algunos de ellos se contradigan entre sí. Con éste de Tobler se completa un quinteto definitivo e ineludible. Es el legado de los años ochenta a la historiografía del proceso revolucionario mexicano, legado cuya trascendencia es de enorme significatividad.

*La Revolución Mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940* es un libro cuya densidad es evidente y necesaria. No es la síntesis que resume lo que otros han investigado, sino una nueva investigación que ofrece propuestas novedosas. El recorrido es amplio. El tratamiento del primer tramo resulta relativamente breve. El proceso de modernización porfiriana es visto de manera global, para dar paso a las dos partes siguientes, la de la revolución armada y la del proceso posrevolucionario, que para Tobler se extiende veinte años

a partir de la llegada de los sonorenses al poder. La segunda y tercera partes son alícuotas en extensión.

Cabe atender, también la sistematización del libro, ya que además de contar con una brillante introducción de Friedrich Katz, Tobler resumió la suya de la edición original, agregó una especial para la edición mexicana y un postfacio que deriva de dicha introducción. En ambos textos, con una concisión admirable, le da a su obra el marco necesario para justificar su aparición en 1994, diez años después de la edición en lengua alemana, ya que no podía soslayar las importantes aportaciones de Guerra, Knight y Hart, además de la de Katz, que tiene más asimilada en su libro.

Los años transcurridos entre los ya lejanos sesenta, cuando se discutían los “apellidos” de la Revolución Mexicana y se le trataba de definir como “social”, “democrático-burguesa”, o lo que sea, y los actuales; cuando las viejas etiquetas han sido desechadas y no sólo la investigación empírica ha dado muestras de avances extraordinarios, sino que la teoría también ha evolucionado para ofrecer mejores explicaciones en torno a los fenómenos sociales, obran en beneficio de la caracterización de la Revolución Mexicana. Acaso planteamientos como el de Ramón Eduardo Ruiz, no del todo convincentes desde su inicio, ya resultan anacrónicos. La aportación de Tobler, en este sentido es muy rica, puesto que ofrece con su perspectiva internacional, no sólo el apoyo adecuado en fundamentos teóricos de gran solidez, sino que además no pierde de vista las posibilidades que ofrece la comparación con otros procesos revolucionarios. En ese sentido, las ventajas de la historia desde fuera son grandes. Quienes la vemos desde nuestro mirador local rara vez nos atrevemos a comparar con otras experiencias históricas. Se nos impone la ajenidad y pecamos mucho de endogenia. Tobler y Knight, sobre todo, benefician la explicación del fenómeno mexicano con vista a otros y con vista a aquello que ha suscitado la reflexión teórica.

Tobler, en ese sentido, le extiende a la mexicana su carta de legitimación revolucionaria al analizar los cambios operados a partir de los años veinte y, sobre todo, en el cardenismo, teniendo a la vista el proceso paralelo que se dio en la URSS entre las épocas de Lenin, Stalin y la NEP. Asimismo, recoge ejemplos valiosos de la experiencia china.

Pero no se entienda esto como una revalorización de los espantosos “marcos teóricos” con los cuales sociólogos y politólogos abusaron de los intentos de explicación científica de un proceso histórico. Se trata, sí, de reivindicar la reflexión teórica y la perspectiva internacional o mundial para beneficiar la explicación de lo particular, ya



que, como vacuna contra el “marco teórico” se ha caído en un abuso del empirismo.

Sobre esto último, Tobler autoevalúa su esfuerzo como el de un equilibrio entre lo estructural y lo narrativo. Indudablemente lo logró. Es un libro muy completo, extraordinariamente bien estructurado en su organización interna y muy bien fundamentado por lo que se refiere a sus apoyos empíricos. Combina muy bien lo proveniente de las fuentes directas como lo que necesita tomar de las indirectas. En suma, se trata de un gran proyecto de lectura. Las más de setecientas páginas que nos ofrece han de ser examinadas de manera cuidadosa por el lector que se aventure en ellas.

#### *La Revolución recuperada*<sup>4</sup>

Dos experiencias anteriores de su autor dan fundamento a este nuevo libro; la primera, su contribución a *La formación del Estado mexicano* (1986), libro colectivo generado en una serie radiofónica, producida por el Centro de Estudios Políticos de la UNAM al mediar los años ochenta, en el cual se hace un recorrido por la historia de México de los siglos XIX y XX y dentro del que el tema de la Revolución fue precisamente elaborado por Javier Garciadiego, con un tratamiento que entonces resultaba novedoso y fresco, por lo que traía consigo en la ruptura de tabúes, clichés y esquemas, y daba un recorrido sucinto y fresco de los diez años de la lucha armada. La otra experiencia proviene de los años noventa y consistió en la *Antología de Historia de México* (1993) de la que somos responsables el propio Garciadiego y yo, y que es una recopilación de textos históricos destinados al magisterio. Este segundo trabajo tiene menos relación con el actual que el primero, sin embargo, cuenta como experiencia previa. En ambas fuimos compañeros de viaje. En algún sentido, este nuevo libro, que lo es en todo, encuentra sus raíces en los dos trabajos mencionados, claro que en versión corregida y aumentada.

El libro actual puede abordarse desde luego en su integridad, puesto que es una unidad, pero también considerando por separado la introducción y la antología. La introducción tiene noventa y dos páginas en cursivas, como ha sido característica de la colección a la que perte-

<sup>4</sup> *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, estudio introductorio, selección y notas de Javier Garciadiego, México, UNAM, 2003, XCII-408 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 138).

nece, Biblioteca del Estudiante Universitario, desde 1939. La introducción, decía, es un texto hasta cierto punto independiente que permite al lector hacer un recorrido sucinto por la historia de los diez primeros años de la Revolución de México, que no sólo fue agraria, como quisiera don Andrés Molina Enríquez, sino una revolución múltiple, como, entre otros, la interpretara Manuel Moreno Sánchez. En eso estriba uno de los aciertos de Garciadiego, en subrayar, en introducción y antología, la pluralidad de actores que desarrollaron acciones en escenarios diversos, desde antes de 1910 hasta, en este caso, 1920, con la rebelión de Agua Prieta y la pacificación del Centauro del Norte, en Sabinas. Buen principio y buen final los que quedan establecidos en este trabajo, que viene a ser una muy adecuada iniciación al conocimiento de la Revolución que tiene la doble característica de ser abordada desde el revisionismo inevitable a las generaciones actuales, pero también, como no podía ser de otro modo en el autor, actualizando la tradición, rescatando los textos originales, no sólo los de carácter estrictamente documental, sino junto a ellos, un buen número de relatos oriundos del momento, que enriquecen, ubican, complementan a planes, programas, leyes, discursos, declaraciones, en fin, toda la variedad de textos que se van produciendo en el acontecer histórico.

Pero ya me fui hacia la antología, olvidando la introducción. Vuelvo a ella. El texto, decía, es una visión breve y lúcida del movimiento fundador del siglo XX mexicano en la medida en que, con absoluto respeto al legado documental, interpreta la Revolución a partir del gran conjunto de actores sociales que lo constituyen, en las situaciones que fueron propiciando la acción en que consistió la lucha armada. Representa este texto una buena síntesis de un saber acumulado y desarrollado en los últimos treinta años de producción y reflexión historiográfica sobre la Revolución.

La antología, por su parte, y como señalo arriba en gerundio, muestra precisamente que la historia es, como dijera Ortega y Gasset, un *ir siendo*. Reproducir eso es virtud del buen historiador, cuando en realidad debiera ser obligación, pero no a todos les sale. Llama la atención el entretejido, el acto de no seguir un orden formal, sino atender a los dictados de cronos. Así, desaparece esa formalidad que separa las lecturas atendiendo a su orden genérico. En la antología se entretejen las narraciones con los planes y con las leyes en un ir y venir que da la impresión de que *así fue la Revolución Mexicana*.

La introducción, de nuevo, representa un interesante intento de recuperar lo general y breve en una época en la que el narcisismo de los historiadores pretende interesar a los lectores, sin lograrlo





## 92 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

siempre, en temas monográficos tratados con abundancia de detalles. Los lectores de la colección a la que pertenece el libro buscan ya sea un primer contacto con el tema, ya una nueva aportación, tanto en la fase introductoria como en la antológica.

La Biblioteca del Estudiante Universitario se enriquece con esta nueva antología. Quisiera manifestar el buen deseo de que este libro llegue a ser, para el primer decenio del siglo XXI, lo que fue la *Breve historia de la Revolución Mexicana*, de don Jesús Silva Herzog; los apéndices documentales complementan la narración de los hechos de la Revolución, pero una y otra ofrecen ambas posibilidades, sin menoscabo de una u otra maneras de abordar la historia. Mi generación tuvo en los tomitos de don Jesús una introducción fresca a la historia de la Revolución, que si bien hoy puede leerse como deudora de la historia oficial, entonces podía ser vista como discretamente heterodoxa, como correspondía al momento del cincuentenario. La antología e introducción de Garcíadiego aparece ya cerca del centenario. Cumplirá con la función que le corresponde de dar una visión nueva, que busca la autenticidad, y ya liberada de las ortodoxias oficialistas. En suma, un libro que merece esta entusiasta bienvenida.